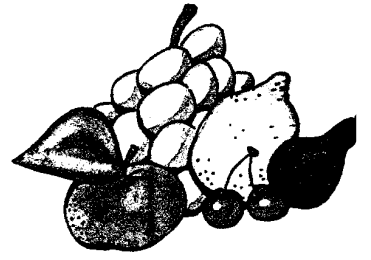


Los Siete Caballeros de Colores



Érase una vez, hace ya muchos años, que en el Reino de los Colores había Siete Caballeros: el Rojo, el Anaranjado, el Amarillo, el Verde, el Azul, el Añil y el Violeta. Todos eran valientes y osados, y estaban muy orgullosos de su color.

El Caballero Rojo decía muy satisfecho:

– Mi color es el más bonito. Mirad el fuego, las cerezas y las fresas, y aquellas rosas rojas que parecen una llama viva. La vida es roja como unos labios para besar.

El Caballero Anaranjado le replicaba siempre:

– Sí, pero el rojo es el color de la sangre, de la guerra. Sin embargo, el mío es el color de las naranjas y las mandarinas, y de las nubes cuando se pone el sol y el aire todavía es tibio. Es un color suave, e incluso parece que huele bien.

Enseguida se entrometía el Caballero Amarillo:

– ¡Qué falsedad! Yo sí soy hermoso: mirad el sol, el oro, los limones, la miel y muchas de las flores del campo. Hasta las hojas de los árboles, en otoño, se vuelven amarillas, como si tuvieran envidia de las flores.

Entonces, el Caballero Verde rompía a reír:

– ¡Vamos, vamos! Las hojas, en otoño, amarillean porque están a punto de morir. Cuando las plantas y los árboles están fuertes y jóvenes, sus hojas son verdes. Mirad los montes, las praderas y los bosques. El mundo es verde cuando está vivo.

Pero el Caballero Azul gritaba:

– ¡Qué disparate acabo de oír! Si de algún color es el mundo, ése es el azul. Mirad el mar inmenso, y los lagos y los ríos. Y el cielo: una inmensa bóveda

azul, un espacio infinito de color azul. Azul marino para el agua y azul celeste para el cielo.

El Caballero Añil, callado hasta entonces, decía con talante presumido:

– Pero, ¿de qué color son las montañas cuando las miramos en la lejanía a media tarde, cuando el sol les da de soslayo? Son de color añil; como el vino y la uva madura. Y como las ciruelas, las moras y los higos, más dulces que la miel. El color añil es serio, solemne, magnífico.

Para terminar, decía el Caballero Violeta:

– A ver, ¿cuál es la flor más perfumada y más delicada del bosque? Naturalmente, la violeta. Y, ¿el color de muchas piedras preciosas del corazón de la tierra? El violeta es un color lleno de sentimiento, de emoción; es el cielo en el crepúsculo, el sonido de terciopelo que producen los violines. Sólo el nombre de violeta ya es pura poesía.

Y cada uno de ellos se pasaba horas ante el espejo contemplando los reflejos de su color; porque todos se creían el mejor y sólo veían defectos en los demás.



Un día, el Rey Blanco y Negro, que era el señor de los Siete Caballeros, acompañado de la Reina Rosa, los llamó y les dijo:

– Amados y valientes Caballeros de Colores, empiezo a estar un poco harto de vuestras peleas y de vuestras vanidades. Yo, el Rey Blanco y Negro, os mando y ordeno que en adelante vayáis siempre juntos y no discutáis por vuestras diferencias. Es verdad que somos diferentes, pero... ¡qué aburrimiento si todo fuera igual!

Y, continuó:

– Mirad: pronto se casará mi hija, la Princesa Rosa-Blanca, y quiero decorar la portada de mi palacio con el adorno más bello que nadie haya visto jamás. Os lo dejo en vuestras manos, Caballeros de Colores.

Cada caballero empezó a pensar cómo contentar al rey y sólo se les ocurría adornar el palacio con un gran arco de su color. En la víspera de la boda, se reunieron y, cuando cada uno expuso su idea, empezó la misma discusión de siempre. Entonces, el Rey Blanco y Negro salió de su habitación y dijo a sus criados:

– Atrapad a esos caballeros vanidosos y mandadlos donde no pueda volver a verlos nunca jamás.

Obedeciendo las órdenes del Rey, los criados atraparon a los Siete Caballeros de Colores.



los ataron entre sí y los mandaron más allá de las nubes.

¡Oh, maravilla! Lo que ocurrió entonces fue algo que nadie podía imaginar. Allí, más allá de las nubes, formaron el arco más bonito y esplendoroso que nadie había visto jamás: el arco iris. Todos los Caballeros, cada uno

con su color, pero junto a los demás. En el país entero, los ojos embelesados de todos miraban hacia el cielo:

– ¡Oh, qué arco de colores! ¡Qué colores tan diferentes, y qué hermosos todos juntos! Parece, a la vez, una llama ardiente, una cesta de naranjas, un rayo de sol, un retazo de bosque, un sorbo de mar, una canasta de uva madura y el cielo en el crepúsculo; todo a la vez. ¡Es fantástico!

